

poco de polvo (1), con el santo Job un despojo del tiempo (2), un almacén de miserias, una flor de primavera que se marchita á la tarde, una sombra fugaz, una veleta que se mueve á todos vientos, un vapor atraído por el sol en un instante y desvanecido al punto (3), un ruin gusanillo (4), un saco de podredumbre, una hoja arrebatada por el viento (5), una paja que se lleva el mismo segun David, un hediondo muladar (6), segun su hijo Salomon, la pelusa que se lleva el viento, la espuma delgada que es esparcida por la tempestad, el humo que es disipado por el viento, la memoria del huésped de un dia que pasa (7), una centella que se apaga al menor soplo, el aire blando, el rastro de la nube (8) y con los profetas Isaias y Jeremias, una vasija de barro que se rompe así que tropieza (9), con S. Pablo un esclavo marcado, y para ponderarlo bien la nada. Esto es lo que entiendo, y si es posible, algo menos cuando digo que Dios se hizo carne. Asombráos, cielos, de esto, decia Jeremias y convertíos en una soledad, oh puertas de él, dice el Señor (10). Con efecto Dios se hizo polvo y ceniza; el principio de toda la dicha del mundo se convirtió en un depósito de miserias; la incomprendible majestad es ahora un gusano de tierra; el infinito no es mas que un átomo pequeño; la fuente de la vida se puede llamar la casa de la muerte; y el rey de la gloria se ha cambiado en una vasija de barro. ¡Qué maravilla ó mas bien qué abismo de maravillas! El gran rey Salomon se admiraba sobre manera de que

(1) Gen. III.

(2) Job. XIV.

(3) Cap. VII.

(4) Cap. XXV.

(5) Cap. XIII.

(6) I Reg. XXIV.

(7) Sap. V.

(8) Sap. II.

(9) Isai. XXIX.

(10) Jerem. II.

Dios quisiese habitar entre los hombres, aunque con el esplendor de su majestad y con un aparato indecible de grandeza, y esta noticia le parecia verdaderamente increíble: ¿qué diria ahora si oyese esta transformacion tan singular y este anonadamiento sin par?

X. Es cierto que no puede ser efecto mas que del brazo omnipotente de Dios; pero ¿no contribuyó nada la Virgen santísima? Me refiero á Sofronio, íntimo amigo de S. Gerónimo, que dice pocas palabras; pero mas preciosas que el oro y los diamantes. Ve aquí cuáles son: «Lo que Juan vió, lo concibió la Virgen (1). Aquel Verbo que estaba abeterno en Dios y con Dios, que era Dios tambien, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual no se hizo nada; aquel Verbo en quien estaba la vida, que era la luz de los hombres, y cuya gloria era tal como convenia al primogénito de Dios; aquel Verbo lleno de gracia y de verdad con todo lo que el discípulo amado dijo de él y lo que no supo decir, fué hecho carne, y este misterio incomprendible se llama la obra de Dios y de Maria.» Me refiero al devoto San Bernardo, el cual juntando las palabras del salmista, que dice que Dios obró nuestra salud en medio de la tierra, con las de Isaias, que enseñaba que Dios haria una palabra abreviada en medio de la tierra (es decir, la obra de la Encarnacion, como entienden varios insignes doctores), nota sutilmente que el medio de la tierra es la Virgen Maria, en quien y por quien se cumplió aquel misterio. «La bienaventurada Virgen, dice, por una propiedad muy excelente se llama el medio de la tierra, porque sobre ella como sobre el centro y el arca de Dios, la causa de todas las cosas y la obra importante á todos los siglos están fijos los ojos de los que viven en el cielo, de los que se hallan detenidos aun en el limbo, y de los que

(1) Epist. de Assumpt. ad Paulam et Eustochium.

vivimos entre unos y otros, de los que nos precedieron, de los que somos ahora, de los que deben de sucedernos, de los hijos de nuestros hijos y de los que vengan tras ellos. Los que están en el cielo, tienen los ojos fijos en tí, oh Virgen santa, como la reparadora de sus ruinas; los que esperan en el limbo, como á su libertadora; los que nos precedieron como en la que ha de cumplir lo que estaba predicho; los que nos sigan, como en la medianera de su gloria. En una palabra todas las generaciones te llamarán bienaventurada, madre de Dios, señora del universo y reina de los cielos, porque á todos les trajiste la vida y la gloria. En tí y por tu medio encuentran los ángeles el motivo de su regocijo; los justos reciben la gracia; y los pecadores esperan la misericordia. Con justa causa pues fijas los ojos y posees los corazones de todas las criaturas, porque en tí, por tí y de tí la mano bondadosa de Dios restauró todo lo que se habia echado á perder.»

XI. ¡Qué maravilla ver salir al rey de la gloria del vientre de su madre como de su palacio con la diadema en la cabeza y el manto real en los hombros! Si admiramos con los espíritus bienaventurados esta magnificencia; acordémonos que la Virgen es quien trabaja con el mismo Dios para ponerle con tanto boato. Testigos son san Ambrosio y el abad Guerrico, los cuales nos declaran cómo le coronó ella el mismo día que le concibió, según queda dicho al principio del tratado primero. En cuanto á su vestido triunfal S. Juan Damasceno dice claramente (1) que el Señor recibió de ella la púrpura imperial en el día de su consagración, que fué el mismo de su concepción. Si juzgais que este rey del cielo no es menos venerable cuando parece con su tiara y sus vestiduras pontificales; acor-

(1) Orat. 2 de nativit. Virg.

dáos de lo que observan S. Juan Damasceno (1) y san Basilio de Seleucia (2): que si bien el padre eterno le ungió con la unción santa y el óleo de la divinidad, su madre le vistió la hermosa túnica de lino fino y el rico manto que le tejió de nuestra humanidad para desempeñar dignamente el oficio de paz y el ministerio de reconciliación. Si os parece tan majestuoso como agraciado cuando sale de su tálamo nupcial, adornado según corresponde al esposo del cielo; sabed con S. Pedro Damiano (5) que la Virgen en calidad de madre y con el título de esposa le hizo tan hermoso como le veis y como roba el corazón de los ángeles y los hombres. En una palabra si advertís en él maravillas sin fin, pasmáos con S. Pedro Crisólogo (4) de que la artifice sin igual y la mujer fuerte le haya dispuesto de tal manera, que la humanidad que tomó de ella, le sirve de tienda para pelear, de cátedra para enseñar, de palacio para habitar y de trono para administrar justicia á sus vasallos.

XII. Por mi confieso que no sé verdaderamente dónde estoy, viendo tantas maravillas que me roban el corazón y me embargan el entendimiento, y que cuanto más considero lo que pasó en las sagradas entrañas de la Virgen, más gana me da de exclamar con S. Epifanio (3): ¡Oh seno virginal más elevado y capaz que el cielo! ¡Oh seno más digno que el firmamento! ¡Oh seno que eres alumbrado con la luz inextinguible de Dios y distinguido con las gracias del Espíritu Santo! Yo te ofrezco en homenaje, oh Virgen incomparable, el arrobamiento de mi alma que queda extática considerando tus grandezas y no cono-

(1) Lib. 49 fidei orthod., cap. 15.

(2) Serm. de Annuntiat. B. Virg.

(3) Serm. 2 de nativit. Virg.

(4) Serm. 440.

(5) Serm. de S. Deipara.

ce debajo de Dios ninguna cosa que pueda igualarse á ti. Te presento los mas dulces sentimientos de tus amados hijos, que te veneran como la maravilla de las madres y la madre de las maravillas. Asi di con mas seguridad que la madre de Noé (1) que Dios te ha dado un hijo que nos consolará entre los afanes y fatigas del cultivo de esta tierra maldita. Di con mas verdad que Sara (2) que el Señor te ha dado un Isaac, es decir, un objeto de regocijo, y que todo el que le oiga, se regocijará contigo. Di con mas justicia que Lia (3) que Dios ha mirado tu humildad y que ahora el Espiritu Santo tu esposo redoblará su cariño para contigo. Di mas merecidamente que Zelfa (4) que todas las mujeres te llamarán bienaventurada. Di mas dichosa que Raquel (5) que Dios ha quitado el oprobio de tu esterilidad. Di mas misteriosamente que José y su mujer Asenet (6) que Dios te ha hecho prosperar en la tierra de tu pobreza. Di mas ventajosamente que todas las otras que Dios ha obrado en tí cosas grandisimas, porque así como tu hijo se aventaja infinitamente á todos los hijos del mundo, así tú sobrepajas incomparablemente á todas las madres de la tierra.

§. II.—Del poder especial de la madre de Dios sobre nuestro Señor Jesucristo su muy venerado hijo.

I. Es singular la industria de la humildad, que encuentra los honores cuando huye de ellos, brilla á medida que quiere oscurecerse, y cuanto mas apetece la bajeza, mas se ve ensalzada. Se esconde, y es buscada: su gusto es ser ignorada, y es llevada en alas de la fama:

(1) Genes. V.

(2) Ibidem XXI.

(3) Ibidem XXIX.

(4) Ibidem XXX.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem XLI.

su ambicion es servir, y por fuerza la sientan en alto trono. ¿Qué se ha de hacer? Esto es lo que pasa en la corte de Dios. Figurémonos á la virgen santa María, ese modelo singular de humildad, retirada en su pobre aposento. Considerando su nada se pone á los pies de todas las criaturas y se juzga enteramente indigna de las gracias y mercedes mas pequeñas de Dios; pero ve aqui que viene á hacerle la corte uno de los primeros principes del cielo. Ella se confunde, y él redobla sus honores diciéndole en sustancia que todo lo que está debajo de Dios, está al mismo tiempo debajo de ella. María aun mas turbada que antes busca algun rincón para ocultar su vergüenza: el ángel añade que el monarca del cielo y de la tierra está con ella, y ella se prostra para adorarle como una sierva: él le dice que es escogida para madre del rey de los reyes, y ella se llena de confusion; pero no por eso deja el ángel de intimar de parte del padre eterno á la humilde Virgen que debe de tener poder sobre su hijo. Dios de verdad, ¿cómo se quedaria al oír estas palabras la criatura mas humilde de todas las nacidas? Sin duda el ángel tuvo compasion de ella y miramiento á su pudor que se veía ya en un aprieto.

II. De esto nos admirariamos mucho mas, si tuviéramos el conocimiento que ella tenia de tal prerogativa, y si pudiéramos comprender lo que es tener poder sobre el hijo de Dios, porque sería un error persuadirse que se trata aqui de la influencia ó poder que un amigo tiene sobre su amigo ó un valido sobre su príncipe. Admiramos justamente el poder que Moisés habia adquirido sobre el mismo Dios, cuando este bondadoso Señor le pedía permiso para castigar á su pueblo y le decia que no se opusiera á ello (1). Nos quedamos atónitos cuando lee-

(1) Exod. XXXII.